

LA EXPOSICION NACIONAL DE BELLAS ARTES

Por MANUEL PRADOS LOPEZ

PERSEVERANCIA, confirmación de maestría, fidelidad a las características esenciales de la pintura española, inteligente audacia, bien conducida por sendas de experiencia positiva y afanes de comprensión... Todo eso y sosiego, hallamos en la Exposición Nacional de Bellas Artes que se celebra en los palacios del Retiro.

Por lo que a la pintura se refiere, esa fidelidad que señalamos no implica, en modo alguno, servidumbre, obstinación ni estancamiento. En cuanto a la escultura, el grabado y el dibujo, aunque también se advierte, en cierto modo, el mismo género de fidelidad, acaso convendría adjetivar ésta de otra suerte: fidelidad a lo clásico podríamos decir con relativa exactitud. Lo que sí cabe afirmar respecto de todas las secciones de esta Exposición Nacional es que los artistas españoles demuestran hoy un entusiasmo en su actividad creadora como hace tiempo no se revelaba. Es una consecuencia lógica de nuestra paz: esta paz difícil y fecunda que debemos a un régimen salvador, triunfador, restañador y re-constructor. Sin esta paz no podría existir, en nuestros días y en

nuestras circunstancias, ese sosiego a que antes nos referíamos y que es indispensable para el esfuerzo artístico ilusionado, progresivo, superador de todas las dificultades, todos los prejuicios y todos los «ismos».

En esta magnífica Exposición Nacional de 1950 no hallaremos, tal vez, la obra extraordinaria, genial, el hito insuperable, la sorpresa deslumbradora; pero sí encontramos en todas las salas la evidencia de una nivel artístico envidiable, prometedor y gratísimo, que nos conforta y nos alegra, más, mucho más, que el alarde esporádico de una inspiración señera; porque la buena marcha de nuestras legiones artísticas ha de inspirarnos mayor interés que el caso aislado extraordinario.

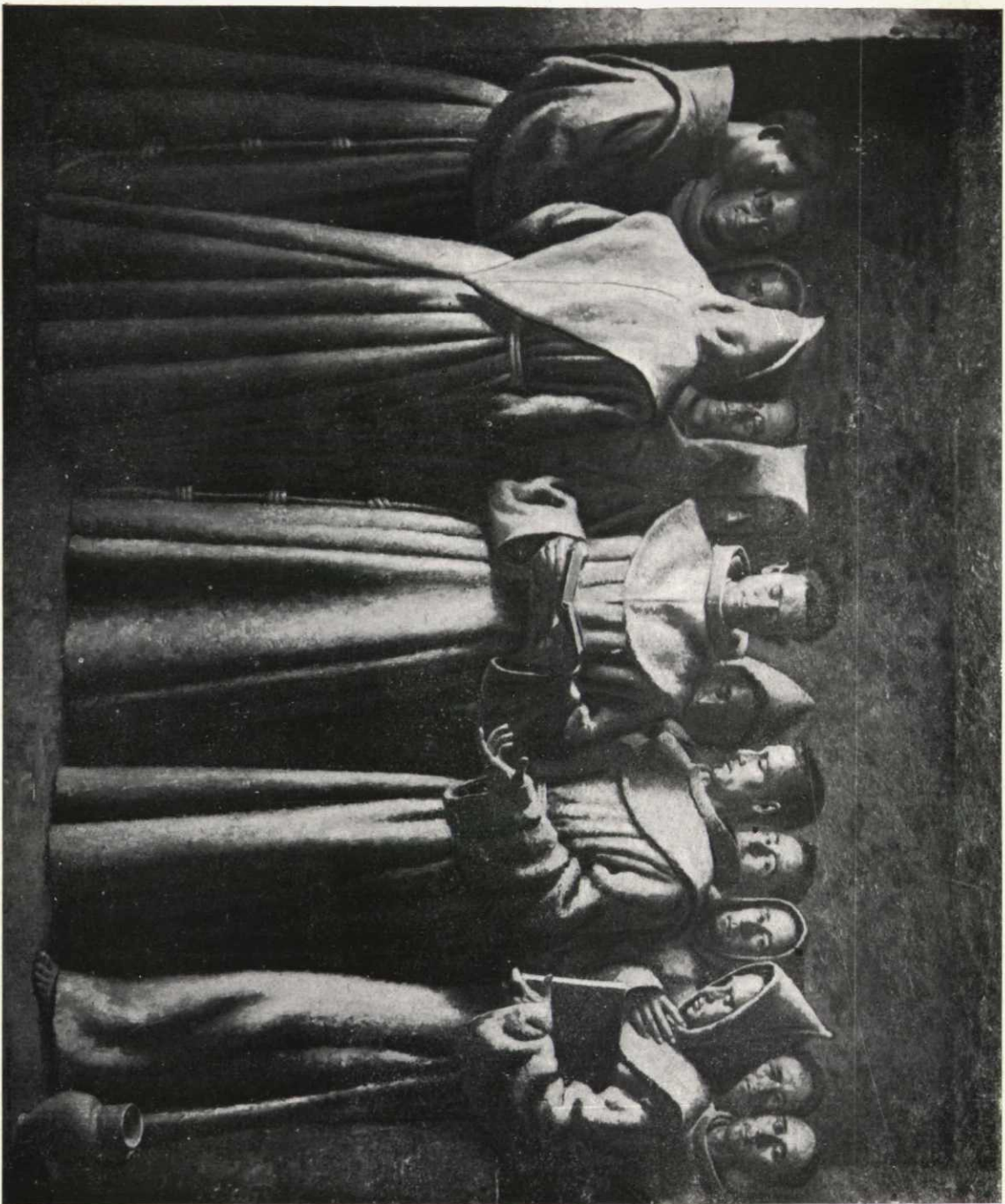
Conviene advertir, a raíz de lo expuesto, que nuestro gran certamen artístico de 1950 no adolece de mediocridad. Algunos expositores han podido darnos esa sorpresa que los amigos de lo sensacional desean siempre. No lo han hecho; pero, en cambio, nos han ofrecido, ellos y otros de quienes esperábamos menos, obras definitivas, más que meritorias para confirmar prestigios y galardones. Ya es bastante. ¿Es que el envío, fuera de concurso, de don Marceliano Santamaría, ilustre maestro, cuyo prestigio revalidado voluntariamente tantas veces supera sus ochenta años fecundísimos; no confirma, una vez más, con una simpática autoexigencia —figura, bodegón, paisajes—, la responsabilidad de una fama tan merecida? «La Trini», por su composición, su colorido, su dibujo y su expresión sugeridora, es mucho más que una justificación académica. Y sus dos bellísimos paisajes, tan jugosos, tan «juveniles», también son demasiado para probar maestría.

De igual manera, Aguiar, con «Hombres de Castilla», triunfa definitivamente en un empeño ambicioso de tema, de interpretación, de técnica. En la difícil armonía del conjunto, cada figura resalta con un poder de captación individual: la niña del primer término, con una conmovedora ternura de contraste. El «Desnudo» es otra espléndida muestra de un temperamento regido por una rara sabiduría de pintor.

¿Y «Destino», de Vázquez Díaz, ¿No es el logro de un gran



S. E. el Jefe del Estado, acompañado del Ministro de Educación Nacional, don José Ibáñez Martín; Director General de Propaganda, de Bellas Artes y otras personalidades, después de la inauguración de la Exposición Nacional de Bellas Artes.



«Religiosos», de Enrique Segura Iglesias, primera medalla de la Exposición Nacional de Bellas Artes.



Excm. Sra. D.ª Carmen Polo de Franco, por Angel Espinosa.



«Lo Triste del Mercado», de Francisco Rivera Gómez.

simbolismo, mas que político, histórico, en que juega, sí, una técnica de simplificaciones humildes que merecen y alcanzan grandeza, pero, al mismo tiempo, impresiona el efecto de una luz de angustia y gloria. Igualmente en la cumbre de la maestría pictórica destaca la obra de Enrique Segura, llena de originalidad, pero inscrita en la línea de la eterna pintura española. Nunca como en Enrique Segura se aunan tan felizmente modernidad con clasicismo.

Confirmaciones de maestría y de fidelidad son también: «Mercedes», de Pedro G. Camín; «Las Cacharrerías», de Rafael Martínez Díaz; los paisajes de Núñez Losada; «Piedad», de Pons Arnau, modelo de gracia y delicadeza y alarde decorativo; «El Maniquí y las muchachas», de Gregorio Toledo, lienzo de la mejor inspiración, los más nobles antecedentes y hondo conocimiento de los secretos de la pintura; los paisajes de Vila Puig, vigorosos, magistrales, dominadores por su evocación y su factura; «Fernandín y Maribel», de Fernando Briones; el admirable «Retrato de Elena y Carmen Simarro», de Pedro Bueno; «Religiosos», de Enrique Segura, valiente realización en que, a pesar de la monotonía del color y las siluetas, cantan victoria la luz —alma del relieve—, el carácter de las figuras, la seguridad de los rasgos expresivos, el espíritu de la alegre comunidad de sacrificio; el «Desnudo de Santasusagna», «Músicos árabes», «Esclavo moro» y «Fiesta mora», obras reveladoras de la plenitud de Cruz Herrera.

Resaltemos ahora el caso ejemplar de Chicharro (hijo), que presenta «Los maceros», cuadro logradísimo por su composición, su dominio del color, su dibujo, su carácter, su ambiente, su ternura, su gracia. En todo eso ha desembocado la experiencia pictórica de un pintor cuyo talento ha sido algunas veces «disimulado» por audacias extremas. Para nosotros no resulta ninguna sorpresa esta obra. Sabíamos que su autor era capaz de realizarla cuando quisiera. Y no creamos que hay «reacción» en Chicharro (hijo), —reacción oportunista, como se pudiera suponer con un criterio suspicaz—; sino gracia espontánea, sinceridad, consecuencia de ensayos, tanteos, esfuerzos, estudios. «Los maceros» es el fruto

maduro de una capacidad para cuya consecución no han sido estériles ni aun los extremos apuntados.

Ya se comprende que en un comentario general a una Exposición como esta es forzoso omitir nombres y títulos. Pero por muy obligado que ello sea, no queremos dejar sin cita obras que justifican esencialmente el prestigio del certamen. Así, recordamos: «San Francisco y el Angel», de Berdejo; «Las ramblas» y «Plaza de Palacio», de Amat; «La familia del tío Pedro», de Amelio Blanco; «Retrato» y «Autorretrato», de Lucio Rivas; «Plenitud», de Teresa Condeminas; «Títeres», de Justa Pagés; «Preludio a la toilette» y «Toreros de ayer», de Jesus Molina; «Alamos y robles», de Jacinto Conill; «Retrato de la Excma. Sra. D.^a Carmen Polo de Franco», de Angel Espinosa; «Novios de Liria», de Gabriel Esteve; «Escena doméstica», de Antonio García Morales; «Interior», de Manuel de Gumucio; «Después de la batida» de Mariano Izquierdo Vivas; «Bodegón», de Jiménez Solá; «El descorcho», de José María Labrador; «Madres», de Juan Luis López; «El lagar», de Mariano Moré Cros; «Día de lluvia en Bilbao», de Ceferino Olivé; «Paso a nivel», de Juan Porcar; «Barcelona», de Puigdengolas; «Tierras doradas», de Adelina Labrador; «Lo triste del mercado», de Francisco Rivera; «Adoración», de Marisa Roëssel; «Jesús y la Samaritana», de Teresa Sánchez Gavito; «Zagalillos extremeños», de Solís Avila; «Calle de Alcalá», de Felipe Trigo; «Retrato de mi padre», de Carlos Velázquez; «Otoño», de Vilá Cañellas; «Bodegón», de Mariana López Cancio; «Mi estudio», de Salgado Cosme; «Sibila», de Milagros Daza; «Retrato de mi hija», de Santonja Rosales; «Señoritas de Pitarque», de León Astruc, de bellísima entonación, acabado dibujo y auténtica elegancia; «Rincón de mi estudio», de Pablo Mostacero; «Y bendijo el pan...», de Revello de Toro; «Contornos de un viejo molino», de García Martínez; «Paisaje», de Rodríguez Acosta —alma y luz de Granada—; «Bañistas», de Bernardo Siurnet (cuadro que nos ha enamorado por su lujo de color, su alegría, su vitalidad y su técnica agilísima); «Autorretrato», de Alcira Ibáñez, y «La lectura de la carta», de Concepción Salinero.

El mar o la mar ha encontrado, como siempre, en Lola Gómez Gil una intérprete apasionada, conocedora de todos los secretos de las aguas. En tal difícil interpretación se distinguen también, con técnicas diferentes, María Revenga, Olivé y Martínez Lozano.

Aun tendremos que lamentar omisiones. En ningún caso se podrán tildar de caprichosas. A las citas hechas ha precedido un bien intencionado criterio selectivo, un juicio crítico, ¿por qué no decirlo? Todas las obras cuyos títulos hemos espigado responden al juicio del comienzo de estas notas; es decir, revelan las características esenciales de un auge halagador de la pintura española en nuestros días: ilusión, entusiasmo, sinceridad, dominio, sosiego.

* * *

Brillante muestra de perseverancia es asimismo la obra expuesta en la sección de Grabado. Predomina el aguafuerte y un criterio de rigor en el procedimiento y en el dibujo.

Con Esteve Botey, que presenta «De vuelta de la pesca», magistral resumen de esfuerzos, triunfan sus discípulos Reque Meruvia, Agero Cedillo, Beulas Requeséns, Gil García, María Luisa Bujados, Luis Alepe (bellísima su prueba «De la Roma romántica ochocentista»), Gil Campo y Carmen Arozamena.

Mencionemos con sincera admiración a Blanco Niño y sus aguafuertes «Calle de Santillana del Mar» y «Catedral de Toledo»; a Alberto Ziegler Wágner, que expone «Tiendas moras en Tetuán», «Zoco grande en Tetuán» y «Granada»; a Teodoro Miciano, que nos ofrece «Títeres en Sigüenza»; a Gil Pérez, a Encarnación Rubio Gómez, discípula de Castro Gil; al laureado Furió Navarro y su «Rincón de puerto»; a Benet Espuny y a Ollé Pinell.

Nota especial: Sánchez Toda y su magnífico grabado a buril «Retrato del glorioso aviador Eduardo Lancirica».

* * *

Esculturas de Planes, Mallo, Bueno Gimeno, Soriano, Montagut, González Macías y Ferrándiz decoran magistralmente, con dignidad de firma y acierto de envío, la sala primera del palacio Velázquez.

* * *

En el Palacio de Cristal la escultura acusa la fidelidad de nuestros artistas a una firme vocación clásica, salvo raras excepciones. El maestro Jacinto Higuera nos deleita con «Retrato de mi hija»; Avalos nos sorprende con «Héroe muerto», grupo de empuño; Alfredo Felices reafirma su legítima ambición con «El héroe»; «Euritmia», de Peresejo, es una delicia; «Las aguadoras, de Octavio Vicent, persuaden con su plenitud de belleza, su armonía y la gracia de su movimiento; el «Torso» de Eduardo Serra, es un extremado y amoroso estudio de la forma; «Niños del mar», de Alcacer, es un acierto en que colabora hasta la piedra alabastrina empleada; «Mujer durmiendo», de Martín Llauradó, supone un alarde de serenidad y elegancia; «Figura de mujer», de Antonio Cano Correa, y «La Venus del Ebro Chiquito», merecen asimismo la atención del visitante.

* * *

En la sección de Dibujo descubrimos un rigor común a todos los expositores: buen síntoma que justifica el progreso de las artes plásticas en nuestros días. El dibujo es esencial para pintores, escultores y grabadores, y los artistas españoles lo saben. Pero es que también el dibujo tiene por sí calidad de obra artística completa. Puede ser fin, además de medio. Lahuerta, Chicharro (hijo), León Astruc, Caballero, Pedro Mozo, Coronado, Romero Escassi, Milagros Daza, Lloveras y otros, nos lo confirman ahora con una agilidad y una gracia sorprendentes.

* * *

Los arquitectos Cabrero Torres-Quevedo y Víctor D'Ors Pérez Peix presentan sendos proyectos: el primero, de la Casa Sindical



«Músicos árabes», de José Cruz Herrera.



«Contorno de un viejo molino», de Emilio García Martínez.

de Madrid, y el segundo, de ocho ermitas para los alrededores de nuestra capital. Recordamos a Eugenio D'Ors y pensamos que en esas maquetas y en esos dibujos está el resumen de las artes anteriormente tratadas: el relieve, la perspectiva, el color, el dibujo, la decoración... Todo está allí reclamado, sujeto a los cálculos de la ciencia, al servicio de la grandeza y la espiritualidad españolas.

Salimos contentos de la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1950. Salimos esperanzados por esta realidad de nuestra primavera artística, que semeja anunciada por la otra primavera del Retiro madrileño, desbordada de los jardines y hecha luz y aroma en el aire alegre, vehículo de suspiros y oraciones, pero también de gritos de victoria. Gritos de victoria en la paz se escapan de los palacios del Retiro; gritos que ahogan los murmullos de los irredentos y los grititos de los que no cuentan. Nosotros no gritamos; pero nuestro jubiloso silencio al retornar de la visita, se dijera que no es sino gana de gritar también la verdad de lo que hemos visto.

